

llero? si esto no es ser un buen amigo, si esto no es respetar la felicidad conyugal, si esto no es un sacrificio raro.... entonces ya para nada sirve la moral, ni la consecuencia, ni la amistad ni nada. No, y lo que es á mí.... si bien sé portarme como caballero, tambien cuando me toquen, cuando se trate de desconocerme, ¡ah! entonces yo tambien sé la manera de portarme, porque en fin, cada uno tiene su amor propio, y el hombre es bueno hasta que lo cansan.

Ya veremos, ya veremos.



CAPÍTULO IV.

—
LO QUE PENSABA LOLA Y LO QUE
PENSABA DON MANUEL.

MUCHO tiempo estuvo callado don Manuel, y á Lola le pareció prudente no darse por entendida de aquel extraño silencio.

Fingió Lola negocios; y en obsequio á la verdad debemos decir que por su parte lo hizo mil veces mejor que Zubieta, puesto que ni el mismo don Manuel, que, como hemos visto, estaba sobre la malicia, pudo

notar nada forzado ni inverosímil en todo lo que hizo Lola.

En esta materia, cada mujer vale por diez Zubietas, y con respecto á Lola, en lo particular, debemos añadir que nadie le ganaba á tener letra menuda.

Hubo por fin de estar sola y exclamó:

—¡Hasta que descanse!

Entremos á cuentas.

Mi marido se ha encelado á los seis años de casado. Está visto, la virtud es una cosa muy difícil: he aquí mi fidelidad modelo, mi fidelidad rara, mi consagración absoluta, mi sacrificio, en fin, dándome resultados contraproducentes.

Juzgarme á mí capaz.... á Zubieta capaz! vea usted á quién, á la finura personificada, al mas leal de sus amigos. ¡Ay, si yo le dijera, exclamó Lola apretando los dientes, si yo le dijera lo que son sus mejores amigos,...! pero no, es necesario no ser cruel, acabaría yo con sus ilusiones y tendríamos que aislarnos. Una amiga mía, que tiene mucho talento, me ha dicho que ni todo se

debe decir ni todo se debe callar. En todo caso esperemos, porque al fin tiempo tenemos para todo, tal vez mi marido reflexionará y hasta llegará á arrepentirse de haberme ofendido; sí, porque es una ofensa la que me ha hecho. De todos modos vendremos á una explicación y le diré sencillamente lo que ha pasado, al fin tengo mi conciencia tranquila.

En cuanto al señor Zubieta... ¡oh! lo que es Zubieta ha tenido un mal rato, el pobre de Zubieta es un hombre muy pundonoroso y ni por la imaginación... no, en cuanto á eso, las mujeres les conocemos á los hombres las intenciones... y como además Zubieta tiene tan lindos ojos.... Pues bien, continuó Lola contestándose á sí misma, razón de más para juzgarlo todo un caballero, pero en fin, si le hubiera yo sido de todo punto indiferente, vaya, ninguna gracia hacía; pero cuando le he sorprendido más de una vez... sí, lo que es eso, ya lo he conocido hace mucho tiempo; y quién ha de creer que ésa era precisamente una de

las causas de mi estimación, porque, eso sí, no se puede negar, siempre un caballero se hace querer por su buen comportamiento, y si después de esto no se recoge más fruto que el que lo nivelen á uno con los delinquentes, ésta es una cosa muy triste, es la mayor de las injusticias: ¿qué garantía tenemos entonces las mujeres honradas, y los hombres que llevan su caballerosidad hasta el grado que Zubieta? porque yo entiendo que no se le puede pedir más á un hombre, que el que se sacrifique en aras de la amistad, que el que dé tortura á su corazón... ¡ah! si no fuera eso, ya Zubieta me hubiera hablado de amor, yo se lo conozco, las mujeres conocemos eso á legua, sobre que es nuestra misión; pero muy lejos de eso, Zubieta se ha conformado con que yo sea su buena amiga, y de todo me ha hablado el pobre menos de amor.

Después de un largo rato de comentarios, Lola exclamó:

—Ahora caigo en cuenta, á Zubieta no le he conocido inquietudes; hace cinco años



ZUBIETA.

que le trato y no le he visto inclinado á ninguna mujer, él no es un hombre despreciable, muy al contrario, para más de cuatro pollas pudiera ser un buen partido.

—¿En qué consiste esto?

Reinó entre marido y mujer una extraña y desusada reserva: no se dirijían la palabra y ninguno de los dos se creía obligado á ser el primero en romper el silencio.

—Ésta calla, pensaba don Manuel; buen provecho, no he de ser yo el que la obligue á hablar.

—Está callado, pensaba Lola, mejor que no hable, no he de ser yo la que le obligue á ponerse comunicativo, al fin yo no le he hecho nada... no, y en cuanto á aguantarle á mi marido celos necios, buen chasco se lleva, porque para eso tengo mi conciencia muy tranquila.

Pensando así, cada cual por su parte, se acostaron.

Lola notó que no dormía don Manuel.

Don Manuel notó que no dormía Lola.

Lola fingió dormirse.

Don Manuel conoció que Lola estaba fingiendo.

—¡Pérfida! pensó don Manuel.

—Me cree dormida: pensó Lola.

Y pensando en esto, se durmió de veras.

Don Manuel siguió pensando.

—Después de todo, dijo para sí, es una diablura esto de ser comerciante: hace siete años que abro el cajón á las seis y media, que vengo á comer á las doce, que me salgo á las tres, que vuelvo á las siete y media, que salgo después, que vuelvo á las once y que me duermo en seguida; reasumamos; de las seis y media á las doce, son cinco horas y media, y de las tres á las siete, cuatro; son nueve horas y media: de las ocho y media á las once, son dos y media, y nueve y media son doce horas cabales que mi mujer ha tenido á su disposición hace siete años; doce horas pasadas cada día bajo la garantía de mi ausencia, precisa é inquebrantable; doce horas de no verme y durante las cuales... soy un estúpido en no haber pensado en que el comercio y las

garantías prácticas de fidelidad conyugal son incompatibles; vamos, los comerciantes no debemos casarnos á menos de nombrar dependiente mayor á nuestra cara mitad, para que lo sea de hecho á todas horas.

Hacer la liquidación de esas doce horas diarias, ó lo que es lo mismo tres años y medio en siete años de matrimonio, hacer la liquidación de esos tres años y medio que he pasado, detrás del mostrador, mientras que mi mujer.... no, y esto no es decir que Lola sea inclinada.... ni que su cariño.... ni que.... ¡ah! eso no; pero vamos al hecho, la ocasión existe, y á mayor abundamiento, á mí nunca me había ocurrido pensar en ello hasta los siete años; pues señor, soy el modelo de los maridos prudentes y cómodos; con razón no hemos reñido todavía, ya se vé, bien puede ser angel durante cinco horas, por tal de ser diablo doce, ya me explico la dulzura de mi mujer y sobre todo lo igualita.... siempre lo mismo. «Buenos días Mel,» «buenas noches Mel,» «qué bueno eres Mel.» «¿Estás malito Mel?»

«¿Estás riquito Mel?» «Eres muy trabajadorcito Mel.»

Esto durante siete años.

Estas palabritas son el rechinado de una de esas puertas que se abren cada veinticuatro horas; yo conozco puerta que rechina de la misma manera hace siete años, por ejemplo la puerta del cajón; hace siete años que tiene la misma voz, no pasa día por aquellas visagras, no se enmohecen, no se gastan, no se callan, todas las mañanas chillan de un modo y todas las tardes de otro, en la mañana, al abrir, gordo; en la noche, al cerrar, delgado. La puerta del cajón y mi mujer son inmortales.

Ahora bien, no nos dejemos llevar de ligeros, analicemos.

¿Lola es, ó no es capaz de una.... atrocidad?

Ella ¡tan buena!... ¿tan buena?

Durante las cinco horas en que me pertenece, es un modelo.

Le quedan doce para ser otro modelo.

Ya lo sabía.

¿Pero cómo lo has de saber, bruto, cuando ni siquiera te has tomado el trabajo de preguntarlo?

Vamos á suponer que averiguo.... que averiguo qué?... que ha recibido visitas.

Esto será un indicio, pero no una prueba.

Por otra parte, bien puede haber recibido visitas.... ó más claro, bien puede haber tenido un pretendiente, bien puede haberlo rechazado, bien puede él haber insistido, bien puede ella haber sucumbido, y á la hora de esta, bien puede haberse acabado todo y no haber quedado ni el rastro.

Y si tal cosa llego á averiguar, suponiendo que sea posible, ¿qué hago enseguida?

Después de todo, no deja de ser ridículo, que ahora vaya yo á emprender una batida retrospectiva y vaya á hojear ese oscuro libro del pasado para tener un desengaño.

Ó nó: bien podrá ser para tener una dulce satisfacción, para convencerme de que tengo la mujer mas pura y mas.....

¡Le cuentan á uno tantas cosas!... yo mismo no estoy limpio de algunos pecadillos

de joven.... yo mismo soy una prueba de que puede haber impunidad..... Cierta asunto pasó sin que la tierra lo sintiera.

Pues ojos que no ven.... no, no, esto está bueno para decirlo, pero cuando se convierte uno en parte integrante no es lo mismo, la prueba es, que son las dos de la mañana y yo no puedo dormir; y eso que no ha pasado por mí más que una simple sospecha, ¿pues qué sería si.... si ya tuviera datos?

Vamos adelante.

Examinemos á Zubieta.

Zubieta.... Zubieta no es un hombre despreciable, un poco entrado en años, pero no se conserva mal: representa menos edad de la que tiene.

Zubieta es hombre de sociedad.

En fin, como tiene estudios, los estudios hacen al hombre superior y luego.... sí, sí.... ahora caigo. Algunas veces me ha dicho mi mujer.

—¿Qué dices que ocurrencias de Zubieta?

Lo que es á mi mujer, es un hecho que le gusta platicar con Zubieta.

Y Zubieta tiene muy buena conversación, se le ocurren muchas cosas, y cuenta sus cuentecitos con gracia.... en fin todo puede ser.

Él estaba preocupado y se cortó y.... sí, Zubieta tenía algo.....

Esta es cuestión de astucia, de sagacidad, de aplomo.

En hora buena, tendré aplomo, tendré sagacidad, tendré astucia y averiguaré la verdad de los hechos, como si fuera yo un juez de lo criminal.

Si, bien mirado, un marido no es otra cosa que un juez de lo criminal, que paga por serlo.

¡Ay, ay; el matrimonio es una cosa....!

El primer bostezo irremediable cortó la frase, y don Manuel se colocó con precaución aceptando la postura que juzgó mas apropiado para quedarse dormido.

Como se vé, aquel buen matrimonio estaba trabajando con la mas buena intención

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1910. 1625 MONTERREY, N.M.

del mundo en hacerse la guerra; hasta allí, como el lector habrá podido notar, no había nada sustancialmente que valiera la pena, pero probablemente el diablo había tomado la forma del señor Zubieta para descomponer aquella felicidad.

Contra su costumbre, Zubieta dejó de ir á la tarde siguiente á la casa de don Manuel; y aunque sabía que éste nunca averiguaba lo que en sus ausencias pasaba en su casa, Zubieta juzgó prudente no presentarse sinó hasta el domingo, conforme el programa que había hecho conocer á su amigo.

Lola estuvo inconsolable la primera tarde y esperó con impaciencia creciente la segunda, pero llegó la noche y Zubieta no vino.

Lola creyó de buena fé que aquel asunto se complicaba, y que Zubieta hacía muy mal en suspender sus visitas.

—Decididamente, Zubieta me compromete con su conducta, exclamó Lola, ¿qué va á creer Manuel?... se figurará que lo que pasó antes de anoche, no es realmente sinó el resultado de alguna connivencia, de una

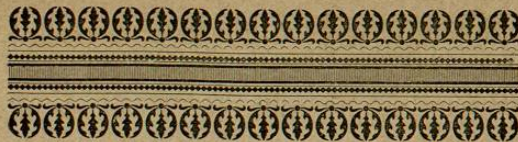
infidelidad, de una.... qué sé yo.... pero de todos modos Zubieta es un imprudente, es necesario decirle que no dé á sus acciones un carácter que mi marido tenga derecho á interpretar, y sobre todo, yo estoy en mi legítimo derecho para cuidar de mi honor. Que Zubieta haga todo lo que le plazca, pero yo por mi parte, no le he autorizado para que me quite el crédito; él tiene el deber, supuesto que es mi amigo, de coadyuvar á mi tranquilidad, y á la de mi marido, quien, en estos momentos, se está volviendo imprudente y malicioso; y no vaya á ser que una cosa tan inocente y tan sencilla, se convierta.... en qué sé yo qué.... no señor, ante todo mi reputación.... yo debo cuidar mi reputación, porque dice el refrán: no hagas cosas malas que parezcan buenas, ni cosas buenas que parezcan malas; y eso es precisamente lo que está haciendo Zubieta con la mejor intención del mundo.

¡Oh! afortunadamente yo soy una mujer previsora, á quien nada se le escapa.

Mi marido está seriecito; pero no se ha

atrevido á entrar conmigo en explicaciones; yo conozco que me está observando, pero afortunadamente nada puede leer en mi semblante, ni puede tampoco deducir nada desfavorable en mis acciones.

Lo único que puede llamarle la atención es la ausencia de Zubieta, porque, aunque no me lo pregunta, yo estoy cierta de que mi marido ha indagado ya, y tal vez con este motivo, que Zubieta viene todos los días, y al notar que después de lo de la otra noche desaparece, puede atar cabitos y encontrar, en una apariencia, algún fundamento para dudar de mi sinceridad y de mi buena fé.... En tal virtud, para prevenir cualquier accidente, voy á decirle á Zubieta... Pero es el caso que ¿dónde lo veo? le mandaré un recado.... no; le escribiré un papelito....



CAPITULO V.

LA DILIGENCIA DEL INTERIOR.



eso de las cinco de una tarde del mes de Mayo, estaban en el patio del Hotel de Iturbide varias personas, esperando la llegada de la diligencia del interior.

Algunos cocheros se habían apostado con sus respectivos vehículos, tanto en el callejón de Dolores á cierta distancia de la casa de diligencias, como en la calle de San Francisco, cerca del Hotel de Iturbide.

Más de quince cargadores estaban en